



## Convocatoria

Julián David Rincón Rivera

rinconriverajulian@gmail.com

(Chía, Cundinamarca, Colombia.)



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

Ya me había decidido a participar en la convocatoria.

Más que nada, lo que llamaba mi atención era la cifra redonda de la premiación. Eran seis ceros acompañando un solitario uno a la izquierda, nada más eso, porque los ceros solo suman hacia la derecha.

Aún me repetía: “No, no. No lo hago por el premio. Lo gratificante es participar...”

La verdad era que el dinero me movía, ¿A quién no?

Pero aquel era el problema; Buscaba la manera de convencerme, asegurarme de que no me parecía a los demás. Ya llevaba unos cuatro, cinco años dándole a la escritura. Unas cuantas publicaciones con una editorial que publica a cualquier zopenco y tienen el descaro de llamarnos “escritores”. Entonces claro, cualquier imbécil puede publicar, cualquiera puede creerse el cuentico de que es “escritor”. Claro, ahora, cualquier estúpido puede ser escritor. Lo peor de todo, se las creen.

Pero aquí no. En éste cuarto, en éste ambiente, en éste aire donde se respira insatisfacción, un don de unos pocos, los criterios son rigurosos, un tanto descabellados.

Entonces no, yo no me creo ese cuentico, escritor no es cualquier aparecido.

Hace falta algo más. No es simplemente darles un adorno a las palabras, organizarlas para que se vean bonitas, para que se lean bien, para el gusto de todos, para el gusto de cualquiera. No, hace falta algo más. Así, surgió una suscripción con una plataforma virtual que te paga por publicar. Te asignan un editor para llevar a buen recaudo todo el proceso. Son cincuenta dólares por treinta mil palabras repartidas en capítulos de no más de cinco mil palabras. Aun así, está la trampilla para no dejártelo tan fácil, porque nunca nada es fácil y, si es fácil, muy seguramente no vale la pena. Yo ya había completado dos textos y me faltaba el último capítulo del tercero. Tenía asegurados ciento veinte en la cuenta, lo que representaban medio millón



en pesitos de por aquí. Un buen recaudo para casi seis meses de trabajo. No continuos, intercalados entre las “obligaciones” que me tienen amarrado a este lugar. Aun así, me decía: “Nada mal para un principiante”. Pero éstos infelices no te dejan bajar el dinero hasta que le hayas generado algo de ganancias con tus textos. Esto es un número inconmensurable de lectores que leen, votan, comparten y guardan en sus bibliotecas digitales el texto.

La verdad es que no tengo muchos lectores y la mayoría de dichos “lectores” no son más que desocupados con algún fetiche, con alguna locura que satisfacer. No sé por qué razón me uní a ellos, pero no se crean, no ando escribiendo sobre amoríos imposibles, sobre incestos disfrazados en otras complejidades ridículas. La verdad es que no soy nadie y por ende esto no deja más que ser inútiles intentos de un aficionado más.

Es porque no tengo un “apellido” o un “nombre” que venda, que produzca. Pero puede ser que mi humilde producción sea mejor que las grandes producciones.

Pienso entonces en la cifra redonda, “No, no soy un escritor...”

Me imagino ganando el primer lugar. “No, no soy un escritor...”

Me imagino el anuncio. El título de mi presunto cuento, el nombre del creador. “No, no soy un escritor...”

Me imagino la premiación, la invitación para un directo por Instagram o Facebook presentando a los ganadores. “No, no soy más que uno más en el costal...”

Me lo imagino así, ya que necesito encontrar formas para justificar ésta insensatez. No para mí, sino para los demás. No, no me he librado del miedo inventado por ellos, aún no. Pero me digo, “Que carajos, que se jodan.”

Entonces ya no escribo más para ellos, escribo para mí. Que sea de mi gusto y de nadie más.

Así pues, ya no escribo bonito ni criterioso. Que salga como tiene que ser, como un chorro de agua, como el proyectil que le pega a alguien, como el moco del deportista que incomoda al televidente, como el comentario estúpido, o bien inteligente, que deja pensando a más de uno. Que sea algo así, incluso algo más. Y me acuerdo entonces que esto ya lo había dicho antes, ¿Hasta cuándo me voy a dejar de sabotear?

Al final. Le puse título al relato y lo envié. “El verdadero premio está en la satisfacción de participar...”

La cifra es redonda. Ya me imagino gastándola, invirtiéndola, reinvirtiéndola, solo el tiempo lo dirá, y los presuntos jueces. ¿A quién pondrán en el pedestal?